

Suprauniversidad

El aula

Entra al salón. Ubica el dedo índice sobre el lector de huellas digitales, lo retira cuando el pequeño bombillo alumbra color verde. Tres años después y ella aún se asombra al escuchar:

- Buenos días, soy Avalía, la asistente virtual académica. Bienvenida, profesora Abigail. ¿Desea iniciar sesión?
- Sí, responde al aire la mujer de 45 años.
- Sesión iniciada. Verificando asistencia. Registro presencial, cuatro alumnos. Registro virtual, dos estudiantes: Calvin y Ana. ¿Confirmar información?
- La profesora abre su bolso, saca su pantalla, sincroniza datos, mira a los estudiantes y asiente: "Información confirmada".

Abigail da clases de Comunicación y Análisis de Datos. Siempre carga un termo color negro, en el que se lee: "Historias". Es de estatura media, cabello ondulado, ojos expresivos y ríe estrepitosamente. De hecho, Avalía ecualiza el volumen de la risa antes de publicar el vídeo de la clase en la plataforma virtual.

- ¡Calvin, registro problemas en la conexión! Ana, ¿desde cuál país te conectas?, pregunta a sus estudiantes virtuales, quienes son representados por hologramas.
- Estoy en un parque central, mejoraré mi ubicación. Deme un minuto-, responde Calvin.

- Hola a todos. De regreso en Kenia-, se le *escucha* decir a Ana. Pocos saben que es sordomuda.
- ¿Entonces, por qué la escuchan?, se habrá preguntado el lector.

En las aulas automatizadas, las discapacidades son imperceptibles. Para Ana, por ejemplo, la plataforma de aprendizaje funciona así.

Ella elige en qué modo quiere comunicarse durante la sesión: teclado o lenguaje de señas. BIT -la asistente virtual estudiantil- convierte las señas o palabras tipeadas en lenguaje sonoro.

- En Bit proyecto mi *yo hablante*, logrando que mis capacidades sean más visibles que mi discapacidad. Me emociona verla modular mis pensamientos -, comentó la estudiante el semestre pasado, en la evaluación que mide el rendimiento de su asistente.

- Abrir pantalla principal -, pronuncia Abigail mientras se acerca a la base.

En milisegundos la mesa central del salón cambia de textura convirtiéndose en una pantalla de proyección. Se sincroniza a la tableta de Abi y aparece una imagen en realidad aumentada.

- ¡Empecemos! ¿Cuáles datos contiene la fotografía?, reta.
- Avalía interrumpe el silencio: "Sincronizando archivo con estudiantes virtuales".

Rigo, Malú, María y Alejandro -los presentes- se acercan e interactúan con la imagen: la giran, la amplían, detallan. Pareciera que dibujaran en el aire y sí, ¡pero no! En la pantalla auxiliar (ubicada detrás de la mesa profesoral) aparecen anotaciones de los miembros del grupo.

- Se escucha un fuerte ¡achís! En seguida, Abigail se carcajea.
- Aún no me acostumbro a la expresión de un holograma estornudando-, se disculpa.

El holograma de Calvin guiña el ojo, segundos después en la pantalla auxiliar aparece el siguiente texto: "Profe, ¡qué guapa se ve riendo!". ¡Uuuuuuuuuuuuu!, expresan algunos. Abigail se sonroja.

(Algunas aulas tienen escáneres cerebrales sincronizados con las asistentes virtuales académicas para registrar estímulos cognitivos, datos que sirven para el desarrollo de investigaciones. En un instante, Avalía halló niveles altos de endorfina; al finalizar la sesión enviará la información al grupo de investigación de Ciencias de la Educación para que sea analizada en contexto).

- ¿Datos, jóvenes, quiero datos?, propone la profesora para recuperar la atención de la clase.

Se registran los primeros. Malú, estudiante de intercambio, escribe: Temática, educación. Lugar, aula. Contexto, clase de Historia o Geografía. Rigo también está escribiendo. Lugar, América del Sur. Contexto, universidad. Periodo, principios del siglo XXI.

- Los datos se convierten en conocimiento solo si se saben interpretar. Esta fotografía corresponde a un salón de clase, comienzos del siglo XXI. La disposición de los elementos nos informa homogeneidad, aprendizaje pasivo, observen la postura del docente, observen qué tienen en sus mesas de trabajo los estudiantes ... -, explica Abi.
- ¿Cómo no hay computadores? -, preguntó Alejo sorprendido.
- Aprendían sin ellos, respondió -, Malú. Eso me contaba mi mamá.
- María contaba el número de jóvenes sentados en sillas y en voz alta dijo esta cifra: 35 estudiantes. ¡35! -, reiteró
- Sí, en aquella época, los profesores atendían el aprendizaje de 35 o más estudiantes al tiempo. Una odisea, ¿verdad? -, explicaba, Abi.

- El tiempo de clase ha concluido -, anuncia Avalía.
- Por favor, revisen la plataforma. Cargué la guía con orientaciones sobre esta actividad. Mañana me conectaré para aclarar dudas del cuestionario. No responderé ninguna pregunta que se solucione buscando en los catálogos digitales de la biblioteca o en la web. Ninguna-, enfatiza Abigail y concluye la clase pronunciando el código para guardar lo construido: "Aprobar contenidos".

Las pantallas se bloquean. Se lee: *Guardando archivo, evite apagar la base, podría perder la información.*

- Calvin hace una reverencia y desaparece su holograma.
- Ana agita su mano emulando un adiós -, también desaparece su imagen.

- "Nos vemos, Abigail" -, se despiden Rigo, Malú, María y Alejandro mientras ponen su dedo sobre el lector de huellas ubicado al lado de la puerta de acceso. Esta acción permite que cierren la sesión en la plataforma de aprendizaje.

Abigail recoge sus elementos personales. Lee la pantalla principal: *¡Terminará en breve! 98%. Enviando archivos a los correos electrónicos del grupo. Publicando vídeo de la clase en la plataforma.* Tres segundos después aparece: *¡Un éxito! Transferencia de archivos al 100%.*

- Confirme si desea guardar la clase -, dice Avalía.
- Sí. Enuncia los comandos: "Cerrar pantalla. Apagar dispositivos" -.

De nuevo su índice está sobre el lector de huella. Cuando el bombillo brille azul, concluirá la sesión.

- El lugar de su próxima clase se ha modificado, diríjase al Auditorio 201 ubicado a 15 minutos de este lugar. ¡Buenas tardes, profesora! -.

Color azul.

El aula queda vacía.

Transición

“Cuando tu abuela era niña, Malú, sus padres se preocupaban porque permanecía mucho tiempo frente a las pantallas. Ella nos cuenta que en casa había normas como: conectarse después de las 10 de la mañana; conectarse a una pantalla, no a dos ni tres al tiempo.

¿Te has preguntado por qué tiene una letra hermosa? Resulta que en su escuela escribían mucho. Aunque ella confiesa que disfrutaba más jugar en los computadores de la sala de sistemas. Había tan pocos, que cuando iba debía compartirlo con su amiga Marcela.

Mi realidad fue diferente y de eso ya hemos hablado. ¡Pero, caramba! te confieso que jamás imaginé cómo sería este tiempo.

Cuando eras niña te conté un par de veces esta historia: en el colegio donde estudié, antes de iniciar las clases, los profes pasaban con una caja dividida en compartimientos para que guardáramos el celular. Al final, nos lo devolvían. Pero tuve una profe rebelde, quien nos enseñó a crear con este aparato.

Su nombre era Margarita, ella nos decía que los celulares no solo servían para ver videos o leer las noticias de nuestros amigos, que teníamos la responsabilidad de compartir lo que aprendíamos. En su clase producimos varios cortos, o audiovisuales, para que otros niños aprendieran, por ejemplo, cómo se distribuye la energía, cómo medir los metros cúbicos que consumimos al día, cómo construir paneles solares con material reciclable. Fueron momentos muy divertidos.

*Ahora, tu realidad es otra. ¡Y lo agradezco! Puedes **decidir** qué quieres hacer, dónde y cómo. Ya hemos dialogado sobre lo que implican las decisiones.*

Sé que la tecnología no ha logrado atenuar algunos peligros. Así que, Malú, ante situaciones que pongan en riesgo tu integridad decir: "No", también es válido.

Este año será fantástico. Aprende para compartir. Recuerda disfrutar el proceso, no solo el resultado. Llámame. Te extrañaré cada día.

Con amor, mamá".

La escuela

Cuando Malú nació, el sistema educativo escolar estaba en catarsis. Por fortuna.

Estudió en un *colegio móvil*. Sí, los escenarios de aprendizaje cambiaban todos los días. Un día aprendía física entendiendo la corriente del río; al siguiente, matemáticas, con un grupo de ingenieros de una empresa de su pueblo natal. Su curso lo conformaban 13 estudiantes más ella. Aprendían mientras recorrían lugares, sorteaban la lluvia, disfrutaban de conciertos o colaboraban con obras sociales.

Esta exploración previa facilitaba la orientación vocacional, un asunto relevante para el colegio.

Al cumplir los 15 años cada estudiante elegía tres áreas del conocimiento en las cuales se especializaría. Así, en sus dos últimos años de colegio, se concentraría en versar sus

habilidades hacia áreas específicas; esto permitía que al llegar a la universidad se concentraran en prototipar, crear e investigar. Malú se decidió por artes, historia y matemáticas, soñaba con profesionalizarse como desarrolladora de video juegos.

Meses antes de graduarse, la joven se pasaba las tardes trazando su plan de estudio universitario: definió las materias que requería para certificar sus competencias profesionales. Presupuestó los costos de aprender en varias universidades del exterior. Socializó el plan con su familia y seis meses después estaba cursando su primer año como estudiante universitaria.

En total serían 4 años de viajes, exploración y reaprendizajes. Unos escenarios cercanos a su familia, otros lejanos. La autonomía era una habilidad arraigada en los jóvenes de la generación de Malú.

La universidad

Año 1.

El primer centro de formación fue la *Universidad A*, miembro de la *suprauniversidad*, ubicada a una hora de su pueblo natal. Aquí aprobó las 9 clases, entre ellas Aritmética avanzada. Asistió a un par de clases de francés e historia universal usando a bit, especialmente en épocas de ajetreo académico.

Año 2.

(Año en curso).

Todo un desafío. Malú nunca se había separado tanto tiempo de su familia, en especial de su mamá. Pero elegir la *Universidad B* y estar allí ¡era un sueño cumplido!

Este centro gozaba de reconocimiento internacional dentro del círculo académico en las áreas de Lenguaje, Comunicación y Programación.

La sensación de foránea se disipó al notar la multiculturalidad en el campus. Un escenario académico sin fronteras. Incluso, la propuesta arquitectónica facilitaba "sentirse en casa". En la "B" enseñaba Abigail.

Llevaba cinco meses tratando de comprender cómo los sistemas tecnológicos de este centro de pensamiento aportaban valor al ecosistema de la enseñanza.

"Es asombroso, mamá. Tendrías que verlo. Mis ojos pueden tomar decisiones, más allá de la voz o las manos. Basta mirar fijamente al controlador de azúcar para determinar la cantidad de endulzante que quiero para mi café", le escribió a su mamá.

Aprobar el año requería de un esfuerzo mayor. Solo se computaban dos notas: actitud por el aprendizaje y entrega de un prototipo, el cual debía proponer una solución a un problema de una comunidad cercana a la U. Este modelo debía integrar conocimientos de cada una de las asignaturas vistas.

En el tiempo libre, Malú ideaba, rayaba, construía pequeños prototipos, pero su atención aún era dispersa.

Se llegó el día. Su mamá viajó hasta la "B" para asistir a la exposición del invento de Malú.

"Buenos días.

Cada tarde, durante este tiempo, salía a montar bicicleta. Ver cómo se fundía el sol en el mar era espléndido. Me relajaba. Entre mis aprendizajes destaco uno: el valor del silencio en un mundo de sobre-estímulos.

Mi recorrido tomaba 30 minutos hacia el muelle. Después de dos meses comencé a padecer: "Tos crónica por micropartículas contaminantes", este fue el diagnóstico.

El médico me recomendó usar tapabocas durante mis recorridos, para evitar que el padecimiento empeorara. Así lo hice. Pero siempre me pregunté ¿qué sucede con los árboles que están en el camino? ¿Acaso no es función suya purificar el aire? Era un reproche inconsciente. No quería eximirme de los atardeceres.

Recordé que un día, en mi colegio, realizamos un ejercicio de evaluación del nivel de oxígeno que producían los árboles. Un ejercicio rudimentario. Pero gracias a este recuerdo surgió mi propuesta.

Apareció en pantalla de proyección un árbol. Sobre algunas de sus hojas se hallaban pequeños circuitos. Malú sostenía una pequeña caja.

En la primavera me dediqué a analizar, con el método aprendido en la escuela, qué tan eficientes eran tres de los árboles que había en el camino. Eficiencia en términos de transformación del CO₂ a O₂.

Mejoré mi prototipo y hoy les presento este aparato, el cual determina con precisión el ciclo de vida de un árbol.

Con esta información, las administraciones locales y comunidad sabrán cuándo y dónde se requiere sembrar otras especies vegetales, y de esta forma mejorar el aire que respiramos.

Todos emitimos constantemente CO₂, por lo cual se requiere saber con exactitud si las fuentes de descontaminación natural están funcionando y cuándo deben reemplazarse.

Funciona así: los microsensors se adhieren al nervio principal de la hoja, sin afectar la función natural. Decidí incorporar algunos a la raíz del árbol, porque otoño fue la estación rebelde. (El jurado sonrió discretamente).

Cada tres minutos, los sensores emiten información sobre el O₂ que expelle la hoja, (se calcula que el 10% del árbol debe cubrirse de microsensors). Las cifras podrán compararse con las que envía la fuente móvil de material particulado que instaló el gobierno, en diversos puntos de la ciudad.

Los sensores, a su vez, están georreferenciados; de esta forma, cualquier ciudadano podrá participar en jornadas colectivas de siembra o tomar la iniciativa y plantar árboles en lugares que requieran intervención.

Muchas gracias”.

Una lágrima bordeó la mejilla de su madre. Ese día ella se sintió la mamá más afortunada.

Acuerdo de voluntades

En el año 2029, 250 universidades del mundo firmaron un convenio de cooperación académica el cual culminaría su implementación en el año 2049. **La educación superior se convirtió en un propósito mundial.**

“Un giro de 180°”. “Alianza de universidades, ¿un modelo económico altruista?”. “Los estudiantes diseñarán su propio currículo educativo”. “Nace la universidad mundial”, eran los titulares de diferentes portales informativos de la época, pero hubo uno que por su contundencia determinó el nombre del programa.

Para ese tiempo, los estudiantes como Malú, Rigo o Ana eran unos bebés. En cambio, Abigail llevaba 3 años en el periodismo de datos. Pasaba horas rastreando información sobre temas coyunturales. El dato correcto significaría un ascenso. Afinó tanto el criterio periodístico que al año siguiente ocupó el cargo de Editora en Jefe del área de

Analítica, en el cual permaneció durante 15 años. “Los datos son historias en bruto”, repetía a los aprendices.

Un día antes del evento, Abigail llegó a la ciudad donde se firmaría el promocionado Acuerdo de voluntades. Por la logística, concluyó que sería el espectáculo académico del año. En el centro del lugar había una estructura, sacó su celular y calculó el perímetro, 4 metros.

¿Será un laboratorio?

Vanamente, entrevistó a un par de rectores que se hallaban curioseando el lugar. No obtuvo ninguna primicia. Tomó algunas fotografías. Habló con ciudadanos que merodeaban por allí y decidió regresar al hotel para escribir y enviar avances.

En la recepción, se cruzó con Gustavo, un colega de reportería internacional. Él, años más tarde, la invitaría a dictar la cátedra de Comunicación y Análisis de datos en la Universidad B.

Al día siguiente, ingresó al enorme cubo. Pantallas por doquier. Imágenes que proyectaban una imagen en particular: el mapa mundial sin delimitación fronteriza.

El discurso la emocionó. Al fin, el concepto de educación superior lograría ubicarse por encima de dogmas políticos y religiosos. Las palabras se cruzaban en su mente. Debía poner un nombre a la noticia que modificaría la relación del aprendizaje en los círculos académicos. Ojalá una palabra.

Necesitaba un título escueto. ¿Futurista?, no. Algo sencillo, práctico, capaz de sobrevivir a cualquier época.

En su tableta, escribió:

Título: Nace la *suprauniversidad*

Entradilla: 250 universidades se convertirán en una sola.

Ese martes, 30 de enero de 2029, cambió la relación de los individuos con el aprendizaje superior. Y fue una periodista la que dio identidad comunicativa a la transformación del sistema.

Malú, en su año 3 y 4

Llegó a la *Universidad C* para saldar algunas dudas sobre RA (Realidad Aumentada) y VR (Realidad Virtual). Quería que la creación de medición del O₂ en árboles se convirtiera en un juego de video.

Acumuló horas en el laboratorio de simulación RA diseñando la interface que le permitiría a los jugadores que cada victoria se convirtiera en dinero real, el cual llegaría en forma de donación a organizaciones encargadas de preservar las especies naturales de las ciudades.

Se repetía, constantemente: "La clave estaba en monetizar las victorias". Debía hallar la llave de esa puerta.

Desarrolló un videojuego que combinó la experiencia de la RA con la RV. Cada jugador registraba su participación y georreferenciaba un árbol de su comunidad. ¿Se lee tonto verdad?

Los árboles tenían un chip, el usuario registraba el número en la plataforma de video juegos. ¿De quién dependería la vida y el cuidado del árbol? De los jugadores.

Si el jugador lograba superar los niveles, el árbol obtendría puntos. El puntaje máximo era 100. Al obtenerlo, la planta ingresaría al podio de la custodia: un listado al cual tenían acceso las organizaciones civiles y gubernamentales, que servía de base para intervenir preventivamente o correctivamente los espacios naturales.

Quería que cada victoria en un video juego redundara en una victoria comunitaria real. Sabía que su idea debía perfeccionarse. Para eso tenía la vida.

- ¡Lo hicimos mamá! -, gritó Malú cuando recibió su diploma:

*La suprauniversidad concede el título como
"Desarrolladora de video juegos"*

Decidió continuar trabajando para mejorar la idea de jugador virtual con victorias reales. Tres años más tarde, su empresa recibía pasantes de varias universidades y algunos estudiantes del colegio al que perteneció.